

✠

NUEVO ROMANCE EN QUE SE DECLARA EL DESTROZO
 que han hecho tres sobervios Lobos, en la Villa de Murviedro. Dase
 cuenta como entraron en dicha Villa, y hirieron onze hombres, y
 otros estragos que hizieron; sucediò à 7. de Abril
 de este año 1739.



OY temerosa mi pluma;
 triste, y palpitante el pecho,
 la sangre elada en las venas,
 erizados los cabellos,
 el pulso tituveando,
 las palabras sin aliento;
 la garganta, añudada
 los sentidos sin concierto;
 pasmado, absorto, y confuso;
 con dolorosos acentos,
 explique el mayor horror,
 el mas infausto suceso,

que las plumas han escrito
 en los anales de el tiempo.
 Lloren todos los que saben
 sentir los males agenos,
 pues assi lo manda Dios
 en el quarto Mandamiento;
 las piedras unas con otras
 se dividan en fragmentos,
 no trinen los pajarillos
 en su epiciclo contentos;
 sino con tristes quexidos,
 expresen el sentimiento.

Los

Los arboles, y las plantas,
aunque insensibles sujetos,
con humor vejetativo,
floran tan triste suceso.
Y Vos Archivo de Gracia,
Madre de el Divino Verbo,
mi pluma guiad, Señora,
para que logre el acierto.
En a mas famosa Villa,
de quantas el claro Febo
en su esferica jornada
mide con sus rayos bellos;
aquella que por lo hermosa
es imán de los recreos,
y la mas fertil de quantas
tiene el Hispanico Reyno,
y la mas noble de todas
las que ocupan este suelo,
bien lo acreditan sus timbrés,
y lo publican sus Fueros,
los quales calla mi lengua
por no parecer molesto.
Aquella digo por fin,
que sus Fundadores dieron
el nombre de Muro Verde,
yá convertido en Murviedro:
En esta excelente Villa,
en este apacible centro,
à siete dias de Abril,
año de mil setecientos
con treinta, y nueve contamos;
sucedio lo que refiero.
A las nueve de la noche
entraron tres Lobos fieros
dando recios aullidos,
amedrentando el terreno,
toda la gente pasmada
procurava huir del riesgo;
corrian despavoridos
pidiendo clemencia al Cielo.
Mas las iracundas fieras,

con ambicioso denuedo;
ardiendo en rabiosa ira
ivan en su seguimiento;
alli cogian à uno,
y con bocados muy recios
hazian rabiosamente
fatal destrozo en su cuerpo;
dando entre sus fieras zarpas
el pobre tristes lamentos.
Allà emprendian à otro,
y executando lo mesmo,
llo de heridas mortales
lo dexavan en el suelo,
y de esta suerte corrian
aquellos Lobos ambrientos,
buscando en quien hazer presa
para faciar sus deseos.
A quien rasgavan un muslo,
à quien el brazo, y pescuezo;
à otro la cara mordian,
à qual herian el pecho,
considerad el dolor,
angustia, pena, y tormento,
de aquella affigida gente,
que hecha de lastima exemplo,
exalando tristes ayes,
se miravan en el suelo
todos bañados en sangre,
y al alvedrio sujetos,
de aquellas horribles fieras;
que no bastan los lamentos
à moverlas à piedad,
porque no cabe en sus pechos.
Viendo tan fatal estrago,
tomando la gente acuerdo,
salieron con escopetas,
y disparando los truenos,
solo un tiro se logro,
en lance de tanto aprieto:
dandole muerte à una Loba,
y los demás como un viento,

R. 22. 49

por

por los campos fugitivos
se escaparon al momento.
Fueron luego à ver el triste
despojo, que avian hecho,
y hallaron ser onze hombres
los que en tan cruel encuentro
la rabia experimentaron
de aquellos brutos horrendos.
Considerad qual sería
de esta Villa el sentimiento,
la madre buscava al hijo,
temerosa de su riesgo,
articulando suspiros,
hasta que lograva el verlo.
Todos andavan con usos,
lentos de pavòr, y miedo,
preguntando unas, à otras,
que es de el infeliz suceso?
y mejor que con palabras,
respondian con lamentos,
allí se oían sollozos,
allà clamores al Cielo,
y con llanto publicavan
aqueste caso sangriento.
Acudieron Cirujanos,
los que confusos se vieron
para curar tanta herida
en aquellos tristes cuerpos;
huvo herida tan rasgada,
que veinte puntos le dieron;
bien fue menester allí
ser los Cirujanos diestros,
y en tan mortales heridas,
aseguro se valieron
de toda quanta doctrina
Hypocrates, su Maestro;
les dexò espificada
con su alto entendimiento;
pero hazen muy poco fruto
por estar en las heridas

introducido el veneno;
ò rabia de aquellas fieras:
por lo qual con mucho anhelo
de Valencia han acudido
para librarles del riesgo
algunos saludadores,
mas no sirven de provecho:
Y aquellas fieras horribles
vàn por todo aquel terreno
haziendo muchos estragos,
con quien les viene al encuentro.
Un Labrador descuidado
estava, y con mucho anhelo
para ganar un jornal,
cabando en un campo ameno:
quando fue un Lobo cruel,
y con un bocado fiero,
de carne un grande pedazo,
le arrancò de el muslo derecho;
que el no quitarle la vida
fue milagro de los Cielos.
Tambien por la Calderona,
iva ansioso un Passagero,
y en el camino encontrò
aquellos monstruos horrendos;
Le embistieron iracundos,
mas èl disparando diestro
una sobervia pistola,
errò el tiro: pero el trueno
les puso temor alguno,
y pavorosos huyeron
de esta suerte por los campos;
por montes, valles, y cerro
vàn haziendo muchos males;
por lo qual de aquellos Pueblos
los hombres mas esforzados
vàn por caminos diversos
bien prevenidos de armas,
à darles muerte resueltos.
Mas no pueden descubrirlos;
aunque vàn con gran desvelo,

y al cabo de cinco dias
bolviò uno de los mesmos
à entrar en la dicha Villa,
pero se saliò al momento
porque viò que estava todo
hecho ardiente mongivelo,
porque en todas las ventanas
muchas luzes avian puesto,
y por las calles tambien,
avia hogueras ardiendo.
Pero de alli à poco tiempo
à un Arriero encontrò
à cavallo en un jumento;
embistiòle con soberbia,
y el pobre empezò à lamentos,
y oyendole lamentar
dos arrogantes mancebos
dispararon unos tiros
para infundir algun miedo,
los que fueron suficientes
para que huyesse al momento;
pero al pobre jumentillo
le hiriò malamente el cuello.
Aora pido Christianos
que me escuchéis mas atentos:
no pretendo vadear
de Dios ocultos secretos,
ni averiguar sus juizios,
porque seria ofenderlo:
pero digo que ser puede
lo que referido tengo,
de la Divina Justicia,
algun amago severo;

porque la piedad Divina,
solicita el escarmiento
de el Christiano, por lo qual
avisos nos da diversos,
y nosotros obstinados,
estamos tordos, y ciegos,
cometienco enormes culpas
sin tienda alguna ni freno,
solo pensamo en deleytes,
en vanquetes, y bureos,
en infernales torpezas,
en fiestas, y passatiempos;
ya Dios con las sequedades
desde su Alcazar supremo
à los oydos nos dize,
hombres basten tantos yerros;
que si no harè que la tierra
con la sequedad del tiempo
abra bocas con que os trague
à los abismos eternos.
Mirad las enfermedades
que oy estamos advirtienco;
las ardientes calenturas,
cada punto estamos viendo
cruzar muertos por las calles;
tambien cada dia vemos
muchas muertes repentinas,
sin alcanzar Sacramentos.
Esto todo son avisos
que nos dà el Divino Cielo
para que el infame vicio
para siempre le dexemos,
y en la Gloria merezcamos
gozar descansos eternos.

FIN.